

Aeródromo Grajera

GRAJERA, PUERTO AÉREO

GRAJERA no se halla en el Stieller; no aparece tampoco en otras cartas geográficas de España.

Es un pueblo perdido en la estepa castellana, allá donde se calman las convulsiones de los violentos montes Carpetanos y comienza á tenderse la llanura, que se dilata hasta tocar el vientre de las tubas.

Tiene pocos vecinos, unas viviendas breves y una torre sencilla. Con la luz tenue de los días nublados, el pueblo se borra en la planicie. Si el sol le hiera, sus casas cercas y su torre bermeja se iluminan, brillando sobre el obscuro fondo de la sierra cercana.

A la entrada del pueblo se alza, trágico y solitario, el rollo, que evocaría fatídicas escenas de las épocas bárbaras, si una pareja de cigüeñas no hubiese tenido la feliz ocurrencia de hacer sobre él su nido, borrando lo siniestro con el idilio, tal vez algo grotesco, de sus amores.

Los moradores de Grajera son sencillos y buenos. Van por la vida con el paso lento de nuestros viejos castellanos, que perdieron de vista á los que, apresurándose en la marcha, corren febriles en pos de nuevos ideales.

Aquéllos viven felices en su calma y mueren tranquilos en su fe. No saben de las modernas inquietudes, ni del dolor de las almas refinadas.

La Sierra los nutre, los agota, y al morir los recoge en su seno.

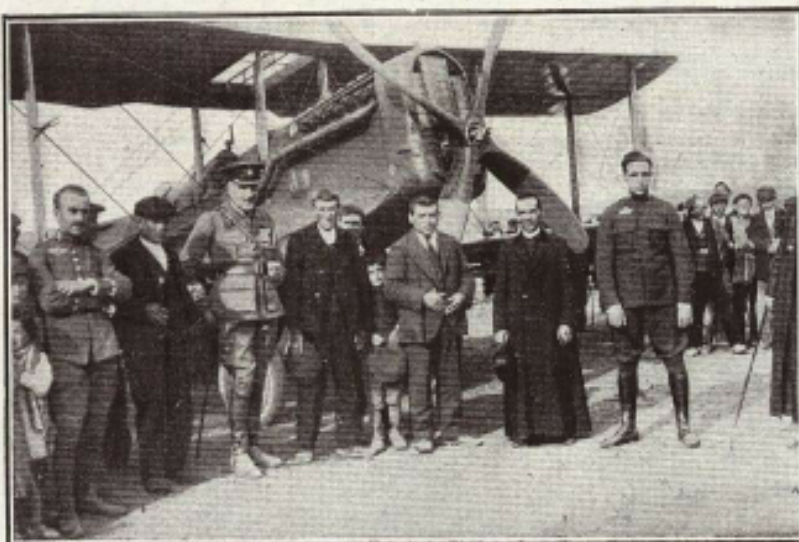
No son pobres ni ricos; todos tienen algo y á ninguno le sobra.

Hemos ido á Grajera en automóvil. El teniente Valverde, piloto, encargado por la Dirección de Aeronáutica de buscar por aquellos sitios un aerodromo, ha elegido un magnífico campo cerca del pueblo, y éste se ha apresurado á ceder para que en tal servicio se utilice.

Los aldeanos nunca vieron de cerca un aeroplano.

Haláguales la idea de que aterricen allí, no sólo por natural curiosidad, sino porque les dice su intuición que el pueblo ganará con ello, que tal vez cambie su actual condición.

Así lo ha dicho el bondadoso sacerdote en la sencilla plática con que los ha exhortado



EL GENERAL ECHAIGÜE CON EL ALCALDE, EL JUEZ, EL SECRETARIO DEL AYUNTAMIENTO Y EL CURA DE GRAJERA

en la misa mayor. Los ha hablado de cómo la Iglesia bendice las conquistas de la humana inteligencia, del bien que traen á los pueblos estos adelantos, del que traerá la Aviación á este lugar... y de la envidia que causará á otros pueblos inmediatos que no dieron facilidades para establecer el aerodromo.

Los hombres, de cráneos vigorosos, romanos, de largas y solemnes capas pardas, que al arrodillarse dan la sensación de pétreas estatuas orantes; las mujeres, de mantillas redondas, evocadoras de una estética racial que sólo el malogrado Julio Antonio supo revelar en sus hieráticas figuras de mujeres castellanas, oyen devotamente la palabra del orador sagrado. Al final, un monaguillo pasa por los labios de todos la imagen de la Paz; todos la besan. También nosotros la hemos besado. ¡La Paz!

Al despedirnos de aquellas sencillas gentes, les hemos prometido que el próximo viaje sería por el aire.

LA EXCURSION

Y lo hemos cumplido. El general Echagüe, director de Aeronáutica, señaló el día 10 de Mayo para inaugurar el aerodromo de Grajera. El acompañamiento del coronel Soriano, jefe de Aviación; del comandante Bayo; del teniente Valverde, como guía, y el capellán Valdepares, iban en automóviles, espes-

Casa Rural San Vitores.

rándonos allí, y por el aire, cuatro aparatos.

El capitán Gallarzo, muy sabiamente salió en su Avro á las ocho de la mañana, acompañado del capitán Montero como observador. La Sierra estaba descubierta y el aire en calma.

Según avanzaba el día, el cielo iba nublandose; el Guadarrama, que hubimos de atravesar, se cubrió, y apenas se vislumbraban las siluetas de los montes.

La mañana estaba bochornosa. Caían unas gotas cuando ya estaban nuestros aparatos preparados para salir. A pesar de ello, los capitanes Las Morenas y Cañada partieron, perdiéndose pronto á nuestra vista, con dirección á la Sierra. Media hora más tarde, el capitán Moreno Abella, marqués de Bozja, y yo,

nos remontamos en nuestro poderoso Havilland con un Rolls-Royce 300 H. P. ¡Un coche aéreo!

Detrás de nosotros salieron en otro Havilland el valiente soldado Iglesias con el capitán Pérez Moreno. A las diez y minutos todos dejamos Cuatro Vientos.

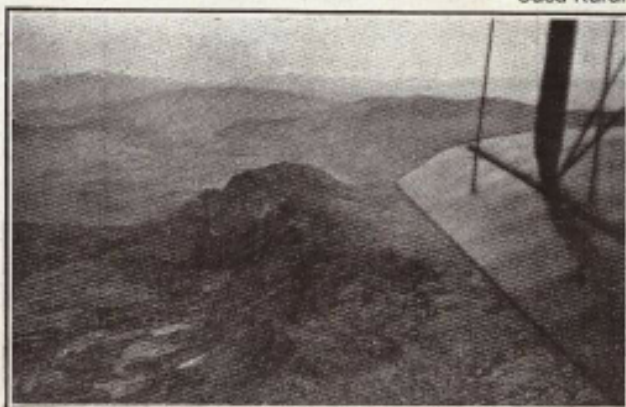
Ante nosotros iba desarrollándose un paisaje harto conocido. Monte del Pardo, Fuenarrá, Alcobendas... Moreno Abella prosiguió á Sierra Cabrera y Pico de la Miel, que es un buen punto de referencia. Allí encontramos la carretera de Francia, que, en realidad, nunca perdimos de vista.

Ibámos muy bajos, acaso demasiado, y el terreno desde San Quintín comenzaba á hacerse inquietante y hostil.

El cielo estaba sucio, como mal barrido, lleno de nieblas grises, que todo lo envuelven, y sólo en la vertical pudimos ver con claridad.

El aparato no subía. Sin duda, el bochorno impedía la necesaria refrigerancia del motor, y era preciso llevar éste á medicos gases para que no se recalentara.

Nos acercamos á la Sierra sin alcanzar 1.000 metros sobre el terreno. Esto nos contrarió un poco, porque teníamos vivo el recuerdo de muy malos ratos pasados en ella yendo bajos; y aunque no nos preocupase la parada del motor, muy improbable, meterse en el laberinto montañoso para ser zarandea-



SIERRA CABRERA Y VALLE DE BUSTARVEJO, AL FONDO, PEÑALARA



EL CURSO DEL LOZoya HACIA TORRELLAGUNA



EL ROLLO DE GRAJERA

dos por el aire removido, no es muy agradable.

Antes de llegar á la solitaria sierra de San Pedro atravesamos un cordaje de nubes, que nos obsequió con una lluvia tenue.

La Maliciosa, las Guarramas, Cabeza de Hierro y la Najarra aparecían borrosas, y sin brillo los manchones de nieve que bajan de las cumbres.

El panorama de la Sierra, que aún no dominamos, se hacía hosco y agresivo.

El terreno se agitaba convulso. A través de la niebla se veían los monstruos gigantes, que se empujan, se acometen y persiguen alzando sus enormes cabezas.

Las Pedrizas, rebeldes, lanzan al cielo las maldiciones de sus piedras agudas. Al fondo, la excelsa, la bondadosa Peñalara, cubre su noble testa con la blanca cofia de la nieve, y exhorta dulzura y mansedumbre á los violentos montes. Su elocuencia se derrama sedante en la serena paz del valle del Lozoya.

A nuestra izquierda, sierra Cebollera, La Mujer Muerta, los montes de Hontanara, arquesan sus lomos gigantes en tonos que van desde el obscuro intenso al tenuemente axulado, perdiéndose los últimos términos en una lejanía gris. Abajo... preferible no mirar. El Lozoya serpentea aprisionado entre profundos barrancos, y todo el suelo es de una inhospitalidad aterradorá. Si nos vísemos obligados á descender, ¿dónde lo haríamos?

Afortunadamente, el ruido del motor es siempre igual, y aunque con dificultad, logramos alcanzar 2.500 metros sobre el mar, 100 más que Peñalara. Cuando teníamos esta altura, la arista de Somosierra estaba bajo nosotros, y vimos descender bruscamente la carretera. El terreno se hundió, y ya no hay sino

dejar que el aparato resbale por el aire para llegar á la llanura, que nos espera. Desde allí vimos ya Grajera.

Hacia Sepúlveda, las nubes descendían en corolones, y lo mismo aparecían hacia Aranda de Duero.

Enfilamos el campo, y un momento después nos vimos rodeados del pueblo en masa, que nos aclamaba y vitoreaba como héroes.

Esta inesperada admiración, con que no contábamos, nos ha divertido un poco. No nos habíamos dado cuenta de que éramos héroes; pero al oír las aclamaciones, hemos sentido que nuestras almas, sencillas de ordinario, se hinchaban, como las de los reyes, los toreros y las cupletistas.

¡Oh! ¡Nos ahogaba la popularidad!

Cien manos callosas, manos que labran la tierra, manos amigas, estrechaban las nuestras, y esto sí que seriamente decimos que nos causaba admiración.

Los tripulantes de los dos aparatos que

nos precedían ya habían llegado, é inmediatamente á nosotros tomó tierra Iglesias.

Para el pueblo ha sido un gran día. El campo se llenó de curiosos; llegaron gentes de los pueblos vecinos.

Nuestro capellán, el P. Valdepares, con sus maravillosas dotes organizadoras, dispuso en la casa del cura de Grajera un espléndido almuerzo, al que asistieron el alcalde, el juez y el secretario del pueblo.

A las cinco de la tarde emprendimos el regreso, y el público nos tributó una nueva ovación de entusiasmo y cariño.

La turbonada que durante el almuerzo vimos encima del puerto pasó, y el cielo, si no limpio, no amenazaba sinsabores para la vuelta.

Volvimos á atravesar los 30 kilómetros de terreno infernal, y á la vista de los campos conocidos próximos á Madrid, nos considerábamos como en nuestra casa.

De estos campos, como de las almas de nuestros amigos, conocemos la perfidia, las traiciones, y por conocerlas, no nos asustan. A los cincuenta y cinco minutos tomamos tierra en Cuatro Vientos, y con pequeños intervalos llegaron felizmente los demás aparatos.

Hemos hecho á Grajera base aérea. Sin poder remediarlo, recordamos la plática sencilla del bondadoso párroco y el beso de la Paz.

Ya han llegado á Grajera los últimos adelantos. Tal vez esto sea el comienzo de una nueva dicha para el pueblo. Una nueva vida con formas nuevas que desterrarán las capas largas y solennas, las capillas redondas, las sencillas costumbres, y puede ser... será olvidada también la cristiana costumbre de aquel beso simbólico á la Paz.

Casa Rural San Vitores.



PRESA DE MANGIRÓN, EN EL LOZOYA

Fot. Almas

L. Alonso